

Sección:
Política Mundial

La administración Clinton y el proceso de paz en el Oriente Medio*

**Beethoven Herrera
Valencia****

Durante toda su campaña electoral y en el discurso de posesión, el nuevo presidente de los E. U. centró la atención en los problemas domésticos, marcando así la diferencia con el aspirante republicano a la reelección, quien esgrimía como argumentos a su favor la victoria en la Guerra del Golfo y la disolución de su enemigo de la posguerra, la URSS.

A pesar de dicho énfasis en los aspectos internos, aún antes de posesionarse Clinton tuvo que avalar la acción de castigo contra Irak y ocuparse en los mismos días de la instalación de su mandato, del problema de la hambruna en Somalia y de la guerra en Bosnia-Herzegovina. Pero donde más interés ha demostrado, junto con la puja comercial con Japón y la Comunidad Europea, ha sido en la reactivación del proceso de paz en el Oriente Medio, congelado por la expulsión que el recién instalado gobierno laborista de Israel hizo de 415 palestinos, como respuesta al asesinato de militares judíos.

Quince años después de que la administración demócrata de James Cárter lograra mediar en los Acuerdos de Camp

David entre Israel y Egipto, que permitieron la firma de un Tratado de Paz aún vigente, la administración Clinton, que marca el retorno demócrata a la Casa Blanca y retoma criterios como la defensa de los derechos humanos, aspira a cerrar el ciclo de inestabilidad y violencia recurrente que ha aquejado al Medio Oriente.

La insostenibilidad de un statu quo

La situación de violencia que la región ha vivido desde antes del término del Mandato Británico, y sobre todo desde la decisión de las Naciones Unidas de dividir el territorio en dos Estados formalmente reconocidos, se ha venido agravando al punto de hacerse insostenible.

A las guerras de los Seis Días y del Yom Kippur siguió un permanente clima de agitación, en el que los territorios ocupados por Israel como condición de defensa frente a la posibilidad de que se repitieran los ataques del pasado en su contra, han sido escenario de atentados de un lado y operaciones de castigo del otro, que han minado la confianza para la negociación.

En los últimos años, la rebelión palestina expresada en la 'intifada' galvanizó la conciencia de la comunidad internacional hacia la necesidad de encontrar una solución estable y mutuamente satisfactoria a un problema insostenible.

El inicio de diálogos directos entre el gobierno de E. U. y la Organización para la Liberación Palestina, bajo la admi-

* En el momento de la edición de este artículo no se habían firmado los acuerdos entre la OLP y el gobierno de Israel.

** Profesor de Economía Internacional de la Universidad Externado de Colombia.

nistración republicana, si bien tuvo interrupciones por el rebrote de acciones terroristas, otorgó a la organización palestina una legitimidad y reconocimiento que nunca antes tuvo.

En tales condiciones se llegó a la Conferencia de Madrid, cuando por primera vez se sentaron frente a frente delegaciones de países que hasta entonces sólo se habían visto en el campo de batalla. Independientemente de que no lograron acuerdos concretos, se dio inicio a un proceso que no se debe dejar naufragar por el cúmulo de expectativas que sobre el mismo guarda la opinión mundial.

El cambio de contexto geopolítico mundial

El conflicto árabe-israelí estuvo marcado, como todos los conflictos de la posguerra, por el alinderamiento entre las potencias. Acá, como en todos los casos de conflictos regionales, cada una de las superpotencias se apuntó a uno de los bandos, le abasteció de armas, se hizo vocero de su causa e incluso se comprometió con su defensa, bien en la ayuda directa tanto como en la defensa de la legitimidad de su causa. Así, la URSS negaba el visado de salida a los judíos rusos con el argumento de que su retorno a Israel equivalía a fortalecer el campo adverso a sus aliados los palestinos. Una vez caído el régimen soviético, en sólo dos años salieron hacia Israel 600.000 inmigrantes provenientes de la antigua URSS.

El derrumbe de la potencia socialista ha dejado huérfanos de apoyo a los sectores que hasta ahora fueron sus aliados

y ha replanteado drásticamente la ecuación estratégica: los que antes iban a la guerra confiados en su ayuda tienen ahora motivos suficientes para buscar una alternativa de negociación.

Pero si se tratara de buscar los referentes más cercanos de la causa palestina, hay que anotar que Arabia Saudita, cuyo financiamiento fue decisivo en la consolidación de la OLE y otros países árabes como Siria y Egipto, se alinearon con E. U. en la coalición que enfrentó a Irak en la Guerra del Golfo. La OLP por su parte apoyó vehementemente la causa de Irak, en reconocimiento a la vocería que Sad-dam Hussein asumió en defensa de la causa palestina en una guerra que él llamó "santa", pero que lo dejó enfrentado a varios de sus hermanos de raza y credo.

Por todo lo anterior, terminada la Guerra del Golfo, y antes de que se apagasen los efectos que la victoria de la coalición tuvo en el escenario regional, se procedió a comprometer a los dos bandos en disputa a sentarse a la mesa de negociaciones, pues esa era la condición del apoyo de los países árabes a los E. U. en su guerra contra Irak.

Al exigir a Israel que no ingresase en la guerra aunque fuera, como efectivamente lo fue, víctima de agresiones, se adquirió el compromiso de garantizar su defensa, y además, galvanizó la conciencia de los países vecinos hacia la mutua necesidad de un reconocimiento a la legitimidad tanto del Estado de Israel, al que hasta ahora se habían negado a reconocer, como de la aspiración del pue-

blo palestino a tener su propia identidad política.

La relativa moderación que desde 1988 fue mostrando la OLP y la reacción interna y externa ante eventos como los de Sabrá y Chatila que ocasionaron la caída del ministro de Defensa, Ariel Sharon, hicieron patente lo inestable de una situación de conflicto permanente. Los atentados terroristas contra turistas que visitan Israel, la muerte de militares judíos y la voladura de la embajada israelí en Buenos Aires a la vez que provocaron la respuesta del gobierno judío, la declaratoria del Estado de Sitio, las deportaciones y el cierre de la Franja de Gaza, han ido haciendo patente la inutilidad de un círculo de violencia que se retroalimenta y que no cesará hasta tanto las partes involucradas no lleguen a un acuerdo mutuamente aceptable.

La situación israelí

El balance de estancamiento a que llegó la negociación de Madrid, cuando el partido Likud tenía el mando en Israel, puso de presente que mientras Israel no tuviera la disposición de ceder territorios a cambio de una paz estable nacida del reconocimiento palestino como Estado con fronteras seguras, cualquier acuerdo iba a ser imposible de lograr.

En esas condiciones se realizan las elecciones de 1992 que llevan al gobierno al partido laborista, el cual forma mayoría en la Kneset con el partido Meretz, pero es perfectamente claro que el mandato obtenido por este gobierno es para lograr la paz, y para hacerlo en breve plazo.

El apoyo de los parlamentarios de origen árabe al gobierno laborista pasa por la condición de lograr un acuerdo de paz que cierre el ciclo de guerras y violencia. Esos sectores árabes, que viven dentro de Israel, tienen ciudadanía israelí e incluso participación en el gobierno a nivel del Ministerio de Vivienda, entienden que su propia situación se torna ambivalente en tanto se mantenga el clima de confrontación, pues a su condición de ciudadanos árabes del Estado de Israel se enfrenta el hecho evidente de que hermanos suyos de raza y religión militan en el bando opuesto. Hay, por supuesto, en el seno de la sociedad israelí, como lo hay también en el lado palestino, sectores radicales enemigos de la negociación y del reconocimiento de la legitimidad a la contraparte. Mientras abogan por el "Gran Israel" se oponen a toda devolución de territorios aduciendo que la devolución de Kuneitra bajo mediación de la ONU al término de la Guerra del Yom Kippur, dejó saldadas las demandas árabes; del otro lado, los que postulan la lucha por "La Gran Palestina" se oponen a las negociaciones y acusan a la OLP de conciliacionista, al mismo tiempo que convocan a jehad (guerra santa), para expulsar a los judíos de Palestina. Pero lo que sí es claro es que, cada vez más, las posiciones radicales van siendo minoritarias y nunca se logrará la unanimidad.

El esfuerzo bélico que obliga a destinar enormes recursos a la defensa, y el desgaste de tener una alerta las 24 horas de todos los días del año, es una situación que atenta contra las posibilidades de un desarrollo

más dinámico, que tiene por condición la paz.

No hay que dejar de recordar que Israel es, junto con Egipto, el receptor del mayor volumen de ayuda norteamericana y el gobierno estadounidense pasa por un período de ajustes para reducir su cuantioso déficit fiscal. En otro orden de ideas, un entorno de paz en la región permite pensar en un eventual Mercado Regional que les permita tener intercambios entre vecinos, con una mayor complementariedad económica.

Heterogeneidad del campo árabe

Además de la victoria militar israelí en todas las guerras que lo enfrentaron simultáneamente a todos sus vecinos, la diversificación de sus relaciones internacionales le permitió establecer vínculos diplomáticos con países como China, Cuba, India y Rusia, al mismo tiempo que el campo árabe se dividía por varias razones, entre otras por el resurgimiento del fundamentalismo islámico que desde Irán lidera movimientos en Líbano, Argelia, Egipto e Irak.

A la guerra de una década entre Irak e Irán, antes de la Guerra del Golfo, siguió una difusión de las tesis radicales musulmanas y que hoy tienen en Irán al principal acumulador de armamento, al parecer abastecido por Corea del Norte.

Jordania, poblada por palestinos en sus tres cuartas partes y débil militarmente en comparación con sus vecinos, se inclinó a favor de Irak en la guerra, por la presión de la po-

blación palestina que veía en Saddam al vocero de su causa y por la absoluta dependencia energética respecto de Irak. La debilidad de la monarquía hashemita, nacida del soporte inglés y prisionera de las presiones internas y externas, no sólo está expuesta a su propia desintegración con la posible desaparición del enfermo rey Hussein, sino que no es un interlocutor decisivo en los diálogos de paz a pesar de tener la mayor frontera con Israel. No es con Jordania con la que en la práctica se han presentado los mayores conflictos en los últimos años, dado el modus vivendi que los dos países asumieron después de la última guerra.

El país con el que mayor disputa territorial enfrenta Israel es Siria, la cual, al perder las alturas del Golán, tuvo a las tropas israelíes a 35 kilómetros de su capital y el resentimiento de la derrota hizo que destruyera la ciudad de Kuneitra tras la devolución por parte de Israel, para borrar las huellas de la humillación, procediendo a construir una nueva ciudad bajo el mismo nombre.

La demanda máxima siria es la devolución total del Golán, sin contraprestación; pero ello dejaría a Israel sin una defensa segura, como estuvo hasta la "Guerra de los Seis Días". En esa época, desde las colinas se atacaba a las poblaciones judías de la Galilea. Después de las primeras reticencias en la negociación comienzan a observarse del lado sirio expresiones de querer entrar a una negociación sustancial de devolución de tierras a cambio de garantizar a Israel paz en esa frontera, pero Israel exige garantías reales. Baste con decir que un avión que despegue de Damasco, deja a Israel 35 se-

gundos para reaccionar, y por ello el sistema de radares y antenas de observación, denominados los "ojos" de Israel, instalados en dichas colinas han sido en los últimos 25 años el mecanismo fundamental de control desde Israel hacia Siria. Un problema fundamental de dicha área es el de los asentamientos judíos que han surgido en los cinco lustros de ocupación israelí, muchos de ellos bajo liderazgo de jefes laboristas establecidos allí antes de 1977, que hoy resisten la línea oficial de su partido. Hace un año, 14 de dichos diputados laboristas publicaron un anuncio en la prensa, junto con diputados del Likud y la derecha, oponiéndose a la devolución del Golán.

Respecto del Líbano, Israel ubicó en la franja sur libanesa sus tropas para evitar el disparo de Katiushas sobre los kibutzim del norte israelí. Adicionalmente armó a la milicia libanesa que además de cooperar con las fuerzas israelíes, evita la infiltración de terroristas en la zona cercana a la frontera libano-israelí. Pese a todos esos recaudos, la caída de proyectiles desde el Líbano se sigue produciendo.

Las dos zonas ocupadas, Cisjordania y la franja de Gaza, están pobladas por 955.000 y 650.000 palestinos, respectivamente, y estuvieron administradas en su orden por Jordania y Egipto hasta 1967. Al culminar la negociación del Tratado Sadat-Begin en Camp David, Egipto no aceptó volver a administrar la franja de Gaza por la cantidad de conflictos que desde allí se generan y Cisjordania, formada por Judea y Samaría, ha estado bajo administración israelí, pero no han sido anexados y sólo se

consideran transitoriamente bajo control judío hasta la negociación de una paz estable.

El principal temor israelí es el de la credibilidad, estabilidad y capacidad de compromiso de los países vecinos, gobernados por regímenes militares, dictaduras de larga duración o gobiernos hegemonizados por religiosos fundamentalistas. Desde el punto de vista laboral, por ejemplo, se puede decir que:

- En Bahrein, Omán, Qatar, Arabia y los Emiratos están prohibidos los sindicatos.

- En Djibuti, Irak, Libia, Somalia y Yemen se prohíbe la negociación colectiva.

- Hay control gubernamental de los sindicatos en Kuwait, Mauritania y Siria.

- Existe la esclavitud en Mauritania, Omán y Sudán.

- Los trabajadores inmigrantes, incluidos los palestinos, sufren restricciones en Bahrein, Irak, Jordania, Kuwait, Líbano, Libia, Omán, Qatar, Arabia, Siria y Emiratos.

Mientras en Israel hay elecciones democráticas y el tema de las negociaciones de paz es objeto del debate político a efecto de que quien represente al Estado judío en la mesa de negociaciones tenga un mandato explícito con suficiente consenso, ello no ocurre en el campo árabe. Queda entonces abierto el interrogante acerca de la confiabilidad de los interlocutores y la vigencia de los acuerdos. Por eso, las instancias mediadoras, en este caso los Estados Unidos y la comunidad internacional, tienden a tener un perfil superior al de simples mediadores, constitu-

yéndose efectivamente en garantes de los acuerdos. En la percepción israelí, y pese al reconocimiento de la ayuda norteamericana, hay una filosofía de "contar sólo con sus propias fuerzas" y no dejar en manos externas la decisión sobre los asuntos estratégicos israelíes. Es por ello que desde la fundación del Estado judío la constitución de una sólida estructura militar y de defensa ha constituido una prioridad indiscutible, mantenida de modo invariable, sin importar los cambios en el gobierno.

Escenarios de negociación:
opciones máximas y mínimas

Queda claro que las exigencias unilaterales que incluyen los legítimos derechos de la contraparte ("Gran Palestina" y "Gran Israel") no sólo carecen de aceptabilidad política en el contexto internacional de hoy, más sensibilizado hacia el reconocimiento de la autonomía de las minorías y las nacionalidades (evidenciado en la reciente independencia de Eritrea, Andorra, Croacia, Eslovenia y los países bálticos) sino que no son políticamente viables pues una y otra mantendrían una polarización que se ha hecho insostenible.

Lo rescatable en el actual proceso es que por primera vez cada una de las partes ha reconocido la legalidad a su contrario, y el solo hecho de iniciar un proceso de negociación, que hasta hoy había sido imposible, modifica las ecuaciones de fuerzas, avanzando hacia la búsqueda de formas mutuamente aceptables.

En la estrategia de negociación, los palestinos han reclamado como bandera central la constitución de un Estado palestino con plena soberanía, reconocimiento internacional y dominio soberano sobre migración, tierras, aguas y defensa. Sin entrar a discutir los problemas prácticos de establecer un Estado cuyos componentes se encuentran geográficamente desconectados (Cisjordania, Gaza y asentamientos en el sur del Líbano, además de residentes en Jordania y otros países), ni las formas de gradualidad que habrán de adoptarse para llegar a dicha meta, esa es una bandera mantenida por los palestinos de modo irrenunciable.

Del lado israelí, sin entrar a considerar la posibilidad de anexión de los territorios ocupados como algunos demandan por considerarlo no viable e ilegítimo, la aspiración central se ubica en el reconocimiento por parte de los vecinos árabes del derecho a existir del Estado de Israel, hasta hoy nunca reconocido; y en las garantías de defensa segura y garantías ciertas de un acuerdo con vecinos acerca de cuya credibilidad no sólo hay dudas, sino incertidumbre sobre la perdurabilidad de los acuerdos, en el evento no improbable de cambios futuros de gobierno.

En ese camino hacia el logro de "fronteras seguras" se va consolidando un preacuerdo de gradualidad, es decir, de establecimiento de etapas interconectadas de modo tal que el avance hacia una etapa de mayores concesiones dependa del respeto y cumplimiento de acuerdos de menor alcance, dejando abierta la opción de una reconsideración de las metas finales si no se diera el res-

peto a los primeros pasos del proceso.

De propuestas iniciales para acordar un lapso entre 15 y 20 años para el cumplimiento de las etapas acordadas, hoy se habla de cinco años como un primer período de autonomía provisional.

Los principios en juego: reconocimientos

Hasta antes de la Conferencia de Madrid, las resoluciones 242 (ordenando el retiro de los territorios ocupados por Israel) y la 425 (evacuación de las fuerzas israelíes del sur del Líbano) no eran aceptadas por el Estado judío, ante la ausencia de garantías de su cumplimiento unilateral por parte de Israel, y que serían correspondidas por sus vecinos con el reconocimiento al Estado y la garantía de fronteras seguras. En el actual proceso de negociación se ha aceptado trabajar por un acuerdo sobre la base de dichas resoluciones. Por ejemplo, la propuesta presentada por Israel a la delegación libanesa, en el sentido de crear un comité militar conjunto que elabore normas destinadas a proteger el norte Israel de los ataques provenientes del sur del Líbano, que ya había sido rechazada anteriormente por ese país, hace por primera vez mención de la Resolución 425 de las Naciones Unidas al respecto.

Sobre este piso mínimo legal de acuerdos el proceso ha estado marcado por unos criterios rectores que están iluminando la negociación y que es bueno destacar:

Reconocimiento mutuo y tratamiento directo con los interlocutores

Desde el punto de vista gubernamental esto es muy importante, pues como queda dicho atrás los gobiernos árabes habían proclamado en reiteradas ocasiones su propósito de luchar por la aniquilación del Estado de Israel.

Del lado israelí, la disposición legal que prohíbe dialogar con organizaciones terroristas, referida a la OLI? creó una grave traba al inicio de las negociaciones. La pretensión de hablar con voceros palestinos de los territorios ocupados pero que no tuvieran vínculos con la OLE" no sólo quedó desfasada por la legitimación que le otorgó a la OLP el ser recibida en la ONU y establecer diálogos con los E. U., sino que no se mostró viable dado que la frontera entre palestinos que tienen y que no tienen relaciones con dicha organización es imposible de establecer. En la práctica comenzó a operar una influencia indirecta de la OLP en la negociación y ello es hoy explícito, hasta el punto de que ya se mueven en Israel opiniones en pro de derogar la mencionada prohibición.

Lo que resulta claro es que mientras quienes negocien no sean los verdaderos actores, con poder de decisión, tampoco habrá posibilidades de compromisos serios y creíbles.

Intercambio de paz por tierra

La tesis de la devolución de territorios a cambio de una paz segura fue ampliamente debatida por la opinión pública israelí en la última campaña

electoral y tiene el apoyo de los garantes internacionales. La resistencia de Israel a evacuar los territorios de modo unilateral se explicaba diciendo que ello daría una señal equivocada a la contraparte, pues mostraría debilidad del lado israelí pero, sobre todo, dejaría a sus vecinos sin ningún compromiso de respetar la integridad de Israel y podría regresarse a la situación de agresiones previa a la guerra.

Hay posiciones dentro de Israel que afirman que no es necesario devolver territorios y que el solo logro de la paz es en sí mismo un objetivo que debe ser satisfactorio para los árabes, lo cual evidentemente no es aceptable para éstos.

Hoy está claro que la negociación sólo se hace porque se acepta que habrá retorno de territorios, aislando así a las posiciones radicales dentro de Israel que se oponen a ello, pero también aislando en el bando árabe a los que piden devolución inmediata y total de todos los territorios sin contraprestaciones. De lo que se tratará, con toda seguridad, será de una devolución gradual que permita crear un clima de estabilidad y confianza, y con toda certeza no será total, si se impone el criterio israelí de mantener, así sea desmilitarizadas y bajo control internacional, zonas sensitivas a su defensa.

Camino hacia un Estado palestino

Una de las diferencias fundamentales entre el Likud y el laborismo en la pasada campaña electoral era la oposición de los conservadores a una independencia total de los palesti-

nos que los llevara a tener su propio Estado, y en su lugar postulaba un tipo de autonomía limitada, que reservara a Israel el manejo de los asuntos externos y de defensa sobre esas zonas pobladas por palestinos, cediéndoles solamente el manejo de los asuntos internos. Dicha opción, por ser inaceptable desde todo punto de vista para los palestinos, no permitió avanzar en la Conferencia de Madrid y en las primeras rondas bilaterales. De modo que la votación por el laborismo en la práctica equivale a una autorización para que se llegue, así sea por etapas, a un futuro Estado palestino.

En el camino se ha manejado mucho la hipótesis de una "confederación" de los palestinos con Jordania, pero es una posibilidad preñada de ambigüedades, no sólo por la desconfianza palestina frente a un gobierno que los expulsó violentamente hacia el Líbano e Israel en el "septiembre negro" de 1970, sino porque la comprensión que de dicha propuesta tienen los interesados no es unívoca. Mientras los palestinos la verían como una federación transitoria entre Estados plenamente independientes y reconocidos (tipo Comunidad Europea), los jordanos la verían como una subordinación de los palestinos que pasaría por su pleno reconocimiento de la monarquía ha-chemita, y no ocultan su temor de que la mayoría palestina dentro de Jordania, unida a los territorios que se confederarían, avanzaran hacia una toma del poder total en Jordania.

Estado actual de las negociaciones

Después de nueve rondas y de pasar por varias sedes de negociación, incluso con interrupciones y altibajos, la negociación avanza y al menos en los frentes más sensitivos se manejan propuestas que si bien es verdad se encuentran aún muy distanciadas, comienzan a tejer la trama de posibles acuerdos en un futuro que esperamos no sea muy remoto.

a) Los palestinos exigen como primer paso la autorización, por parte de Israel, de elecciones internas en los territorios ocupados que den origen a un legítimo autogobierno de transición y limitan a cinco años el período previo para pasar a la formación de un Estado propio.

Queda pendiente el grave problema de la reintegración de los palestinos que están dispersos y mal tratados en diversos países de la región.

b) Con Jordania no hay una discusión sustancial y los problemas fronterizos, especialmente referidos a las aguas, se están manejando sin mayor dificultad.

c) Del lado sirio, hay señales de disponibilidad a un acuerdo y la posición oficial israelí comienza a caminar hacia una devolución (gradual y no total) de las alturas del Golán, que salvaguarde la seguridad fronteriza de Israel. La mayor inquietud de Israel en esa frontera es asegurarse de que no se volverá a las agresiones de antaño.

Un tema sensitivo es el de la reubicación de las poblaciones judías establecidas en territorios ocupados, que deberían ser evacuadas si no se logra un

acuerdo que legitime el estatus de estas poblaciones en zona siria. El sistema que se adopte será el mismo que se aplicará en todos los territorios que se devuelvan y que adquiere especial gravedad si Israel debe contraer sus actuales fronteras, especialmente ahora que está recibiendo la mayor oleada de inmigrantes a causa de la caída del socialismo.

d) Líbano no ha aceptado la propuesta israelí de formar un comité militar conjunto con los judíos para asegurar la frontera norte de Israel frente a atentados terroristas, pero mira con buenos ojos que Israel por primera vez haya reconocido la resolución de la ONU que ordena la evacuación del sur del Líbano. Aquí pesa mucho la sensibilidad árabe a cualquier forma de

colaboración con Israel que puede ser atacada por los radicales y fundamentalistas y que es muy delicada si se acepta que en el período de transición, por fuerza, habrá asuntos que deberán ser coadministrados.

Conclusión. La paz posible

Hace sólo un lustro, en un mundo dividido bajo la égida de las dos superpotencias y con la lucha ideológica de la guerra fría atizada por el fundamentalismo musulmán, habría sido utópico pensar en cualquier forma de negociación y acuerdos entre Israel y sus vecinos.

Ha cambiado el contexto internacional y el ideológico ha dado paso al pragmatismo realista, en medio de una ten-

dencia mundial hacia la autonomía de las nacionalidades y a la solución pacífica de los conflictos, como ha ocurrido en El Salvador y se intenta en otras latitudes.

Por todo ello, el proceso iniciado en Madrid entre Israel y sus vecinos tiene de por sí, independientemente de sus resultados, un sentido histórico.

No es posible prever aún a qué tipo de acuerdos se pueda llegar, pues son muy complejos los temas, como hemos tratado de mostrarlo, pero lo que sí es cierto es que ninguno de los actores querrá llevar ante la opinión mundial la responsabilidad de haberse levantado de la mesa sin lograr un acuerdo.